
Devotos del Corazón de Jesús

El corazón y la razón

Algunos dicen que toda la historia de la humanidad está marcada por la eterna dicotomía entre el corazón y la cabeza, entre la inteligencia y la voluntad.

La inteligencia remite a la racionalidad del hombre, a su intelecto. El hombre pensante se refugia sobre sí mismo y escudriña su interior para conocer la verdad de todas las cosas.

El corazón, que en los libros de filosofía llaman voluntad, es el hombre que actúa, que encuentra en la experiencia el principal medio de conocimiento, que tiene más fe en lo que ve que en lo que otros le cuentan.

El primero es el hombre de razón, el segundo es el hombre de corazón. Nietzsche hablaba de dos categorías que determinan la vida del hombre: lo apolíneo, el hombre racional que decide su vida en función de la absoluta certeza que le proporcionan los argumentos de la razón; y lo dionisiaco, que se manifiesta en los impulsos internos e incontrolables que llevan al hombre a hacer muchas veces lo que no quiere.

El devoto del Sagrado Corazón es, por propia definición, un hombre de acción, que no puede permanecer indiferente ante las realidades del mundo. A veces no dispone de argumentos racionales sólidos para involucrarse en determinadas causas, porque su convencimiento nace de las propias entrañas y de la fe, no de una elaboración intelectual sólida.

El devoto del Sagrado Corazón permanece atento para que un falso intelectualismo no se apodere de la acción evangelizadora. Cuando está en las trincheras soporta difícilmente a la gente que viene a decirle que hay maneras más eficientes de hacer caridad, de acercarse a los pobres, de cumplir con la misión.

El devoto del Sagrado Corazón no suele atender a los argumentos para que “entre en razón”, para que deje de apoyar a causas perdidas. Sabe que su éxito no se basa en los manuales de autoayuda sino en las bienaventuranzas del reino que, miradas con los ojos de la razón, parecen las indicaciones de una autopista que lleva al fracaso.

La devoción al Sagrado Corazón goza de una salud de hierro y es más fuerte que nunca, porque la sociedad actual reproduce las mismas condiciones en las que nació en el siglo XVIII, con las apariciones a Santa Margarita María: un mundo cada vez más centrado en la técnica y la tecnología que piensa que las posibilidades de salvación del hombre están cada vez más alejadas de los sentimientos, totalmente ajenas al corazón.